



Valencia

Josefa Sánchez Caballero, 66

Óscar Tomassi Pancorbo, 21

ALZHEIMER: LA ÚLTIMA PIEDRA EN EL CAMINO DE JOSEFA

El reloj marca las 9.30. Josefa lleva casi una hora en la residencia de día para ancianos a la que acude todas las mañanas acompañada de su hija, puntual, de lunes a viernes. Nada más sentarse esboza una sonrisa, mientras una de las auxiliares le explica que hay alguien interesado en entrevistarla. “Pero si a mí no me han hecho eso nunca”, responde, entre curiosa y sorprendida.

Josefa Orero Picó nació en Valencia por el año 1927, hace ya 80 años. Su forma de hablar y una coquetería mal disimulada muestran a una anciana con espíritu joven a pesar de los pesares, ya que, no en vano, padece Alzheimer, aunque de forma incipiente todavía. De complexión delgada y ojos azules, su mirada proporciona más información a su interlocutor que sus propias palabras. “Mis nietas van siempre a todas partes con uno de éstos, aunque yo no me animo”, afirma, señalando con el dedo el teléfono móvil que está encima de la mesa como para romper el hielo.

Porque ella aún tiene muchas cosas que contar. Como todas las personas de su generación, la Guerra Civil sigue siendo un recuerdo imperecedero en su ya frágil memoria. “A mí ya me pilló mayorcita. Fue un conflicto terrible. Me acuerdo perfectamente del ruido que hacían los aviones y las bombas... Años después no podía escuchar las mascletás por lo mucho que me recordaban a aquellos años”. Su tío, diputado durante la República en Valencia, murió bajo el fuego de los “nacionales” y su propia casa acabó completamente derruida después de una de esas noches de lluvia de obuses.

Fueron días difíciles, aunque los había habido peores. El padre de Josefa falleció cuando ella no había cumplido siquiera los cinco años, víctima de la tuberculosis, “una enfermedad de la que ahora no se oye nada, pero que entonces se llevaba a mucha gente por delante”, subraya.

El enfrentamiento entre las dos Españas también llevó aparejado conocer de cerca qué significa pasar hambre: “Nos faltaban muchas cosas, ya que con lo que nos daban con la cartilla de racionamiento no teníamos suficiente. Por eso era muy frecuente recurrir al estraperlo, donde el que tenía huerta se hacía de oro, aunque no era nuestro caso”.

Sin embargo, el paso del tiempo obra milagros e incluso de los momentos más adversos, setenta años después, se puede reír uno. Y si no, que se lo digan a Josefa: “No es que faltara algo, es que faltaba de todo (risas). Recuerdo la dacsá, esa especie de pan que comíamos, pero que si lo tirabas al suelo incluso rebotaba de lo duro que estaba”.

Poco después de que el general Franco acabara imponiéndose y se erigiera como dictador de España, comenzó a trabajar como dependienta en una tintorería. Posteriormente conocería a su marido, marinero de profesión, con quien tuvo dos hijos. Sin embargo, la vida le dio un nuevo revés cuando, tal y como le ocurriera a su madre, vio fallecer a su marido. Otra vez la tuberculosis.

Un halo de tristeza envuelve ahora el rostro de Josefa, aunque enseguida lo supera. Justo lo que tarda en salir el tema de qué deseo querría cumplir a estas alturas de la vida. Medita un segundo la respuesta y asegura con vehemencia: “Conocer mundo”. Ella, que ha viajado por la Costa Azul y ha visitado Italia, desea seguir aprendiendo de nuevos lugares. “Estuve en Roma y Florencia, que me gustó mucho por cierto, ya que tiene muchas cosas que ver y... muchas flores también. Las flores me encantan, no lo puedo remediar”.

El día a día de Josefa transcurre en su mayor parte en el centro Arzobispo Mayoral, ubicado en pleno centro de Valencia, ciudad en la que ha pasado prácticamente toda su vida. Las auxiliares les proponen y preparan diversas actividades con el objetivo de frenar lo máximo posible los efectos del envejecimiento. Sin embargo, lo que peor lleva son, sin duda, “las cuentas”. Su memoria ya le ha empezado a jugar malas pasadas, admite.

Recordar, compartir, aprender

Pero no se trata sólo de pequeñas pérdidas de memoria, como ella cree. Aunque no lo sabe, le han diagnosticado Alzheimer, y los síntomas no se han hecho esperar. Tal y como le ocurre a otras 600.000 personas en España, Josefa verá empañados sus últimos años de vida por un deterioro progresivo e irreversible de sus funciones cognitivas, con pérdidas de memoria, juicio y lenguaje. “Yo vivo con mi hija ahora, ¿sabe?, en la Avenida Blasco Ibáñez”, repite cuatro veces en menos de media hora, justo después de lanzar una mirada vacía a su interlocutor, que deja traslucir inequívocamente sus dudas sobre con quién está hablando. Ha olvidado desde la profesión de sus hijos hasta las cosas más básicas y cercanas en el tiempo, algo muy sintomático de esta enfermedad. Del cuello de Josefa cuelga un colgante dorado, con una foto en su interior. En él guarda un último recuerdo de su nieto, que falleció hace tres años a causa de un atropello. Un golpe muy duro para ella y para el resto de la familia. “Ahora cumpliría 21 años. Era muy guapo, ¿sabe?”, dice con la voz temblorosa y con las lágrimas a punto de aflorar en sus ojos. Pero pronto se rehace, tal y como ha aprendido a hacer a lo largo de su vida. El tiempo se acaba y a Josefa le toca regresar con sus compañeros de residencia para continuar con las actividades previstas. Cuando se le menciona de nuevo el premio del concurso, repite su deseo de realizar un viaje por todo el mundo. “Pero mientras, voy a la biblioteca a ver si encuentro algo”, murmulla por lo bajo mientras se aleja justo después de despedirse.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Josefa tiene ante sí un duro viaje debido al Alzheimer, pero en el camino cuenta con un poderoso aliado: la lectura. Su verdadera pasión desde niña ha sido leer, leer y leer. Devorar obras de muy diferente índole que han ido siempre a su lado, durante sus 80 años de edad, durante toda una vida. “Mi madre siempre me decía: Josefa, cuando tienes un libro en las manos, te pierdes del mundo”. Y así ha sido. No podría haberle dado mejor consejo. Gracias a ellos ha conocido países lejanos, ha sabido de personajes de otras épocas, ha conocido las historias de gente corriente como ella... “Si tengo una debilidad, ésa es leer. Las que más me gustan son las novelas que hablan de cosas normales que pueden ocurrirle a cualquiera. Las prefiero a las de miedo o a las románticas, que son demasiado sosas. Además, en mi vida no ha habido demasiado romanticismo”, admite, más con resignación que con tristeza.

Aún hoy guarda con especial cariño un libro que le regaló su primo. Se trata de *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell, al que tuvo entre sus manos “mucho antes de que se estrenara la película”. Uno de sus autores favoritos es Blasco Ibáñez, de quien resalta su dominio del idioma valenciano, su lengua materna. Es tal su pasión por la lectura que en la residencia es conocida por sus frecuentes viajes a la biblioteca que dispone el propio centro. “En cuanto tenemos un rato libre en donde no hay nada que hacer, me cojo algún libro de por allí”, afirma. Lo mismo pasa en casa de su hija, en donde los libros “junto a algún rato que veo la televisión”, reconoce, son su principal entretenimiento. Y también su más preciado tesoro.

La lectura es el viaje de los que no pueden tomar el tren (Francis de Croisset, comediógrafo francés).